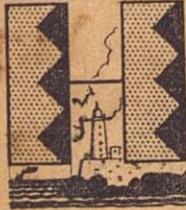


APOSTILLAS sobre la oratoria

Histrionismo de los oradores.-El caso de Castelar. - La elocuencia y la memoria. - Francia, Maestra.-El orador y el escritor.



Le prometido unas apostillas, acerca de la oratoria. No huelga, por vía de recordatorio y punto de arranque, recordar aquella idea en germen. "En general se puede escribir como se habla; pero es sumamente raro que se pueda hablar como se puede escribir". Esto afirmábamos. Se hace necesaria una aclaración. Se puede hablar con la misma corrección, elegancia y belleza con que, después de prolija atención y cuidado, hemos conseguido escribir una disertación, en el caso que aprendamos de memoria este escrito (o bien, por virtud de un dón prodigioso, de un privilegio natural y mecánico de mnemotecnia, lo conservemos en la memoria, sin que haya sido menester el conato repetido de aprenderlo) para luego recitarlo en público, con todo el aparato de la simulación; cuándo con un fingido fuego, que de momento nos arrebatara e inspira; cuándo con una fría y cavilosa gravedad, que acompaña a la actividad dolorosa en extraer del cerebro las ideas, hiladas ya en expresión sutil y pomerosa; no de otra suerte que la araña se saca del vientre el hilo, y como si todo aquello lo estuviésemos verificando improvisadamente. Pero esto es puro histrionismo, repugnante farsa.

Sin embargo... Sin embargo... ¿Será, en efecto, tan histrionismo, tan farsa, como, de ligero, en una reacción sincera del ánimo, acapamos de estampar? Sabemos de muchos oradores famosos, clásicos y modernos, cuyos discursos admirables eran mero recitado, lección aprendida. La celeberrima rectificación de Castelar a Manterola, que comienza: "Grande es Dios en el Sinaí...", y que a todos los que la oyeron dejó boquiabiertos y turulatos, como portento de repentización, resultó más tarde, y después de averiguadas las cosas, que no era sino recitado fidelísimo y automático de algunas páginas de una Historia Universal, original, eso sí, del propio Castelar. Pero, aún cuando perteneciesen las páginas a la Historia Universal de Bossuet, ¿es menos portentoso que, en aquella coyuntura se acordase Castelar de ellas, como las más pertinentes para la réplica, y las recordase palabra por palabra? En verdad que no acertó a decir cuál de los dos hechos es el más prodigioso y estupefaciente. Los griegos suponían que las Musas, una de las cuales es la Elocuencia, son hijas de Mnemosine, o sea la diosa que simboliza la facultad de la memoria, y de cuyo nombre proviene precisamente el nombre con que designamos esta que los escolásticos denominaron potencia del alma.

Un malogrado y perspicacísimo pensador austriaco, Weininger, en su sonado libro "Sexo y carácter", llega a establecer la identidad entre hombre de genio y hombre de memoria

extraordinaria. Volviendo al orador: ¿cuál debemos estimar mejor: ¿al orador que quiere hacernos creer que está improvisando lo que dice y el cómo lo dice, o bien al que se trae su lección archisabida y no repara en que nos demos cuenta de ello? Responda cada cual conforme su criterio. Por lo que a mí toca, repito, no ya indelicadeza, sino burla y ofensa para el auditorio que un caballero, por muy vanidoso que sea, congrege una gran copia de personas para que de él oigan lo que él todavía no sabe que va a decir, ni cómo lo va a decir. Lo cual no implica que, por el contrario, no me impresione como chanza vergonzosa, enojosa y ridícula, que un señor presuntuoso se presente ante un público respetable a fin de repetir teatralmente y como un chorlito lo que, por estar de antemano escrito ya, podría cada uno de los oyentes, con más comodidad y provecho, sentado en su casa, en una butaca. Y es que la oratoria, la mayor parte de las veces, es un ruido hueco, falso, superfluo y jocoso.

Proseguíamos: "La explicación es natural y sencilla. Todos los oradores, cuando escriben, lo hacen de una manera oratoria, un tanto difusa, proclive hacia la ampulosidad, y de amplio ritmo. El lector se siente inclinado a leer en voz alta y con un brazo extendido. Nada tiene de particular que quien parla con fluencia escriba, de la propia suerte, con abundancia y celeridad. Como que lo que les ocurre a oradores nativos es que la agilidad de la mano no se basta para seguir pareja a la emisión y chorreo de la palabra; de aquí que los oradores gusten dictar de viva voz sus escritos. En cambio, la mecánica habitual del escritor aun en el caso de los escritores más occurrentes de inteligencia y más sueltos de pluma, está fatalmente sujeta a un ritmo lento, reflexivo, puesto que su propósito se endereza a hallar la expresión más sobria y exacta, a ser posible la expresión única; en tanto el orador al expresarse, procede por latitud, amplificación e iteración, esto es, que un mismo concepto ha de dilatarla y repetirla, so pena de que la mayoría del auditorio permanezca sin enterarse y la oratoria produzca los mismos frutos que predicar en desierto. De aquí que el escritor, avezado a la creación despaciosa y concentrada, cuando debe producirse en público, de modo instantáneo y descentrado (o sea, buscando el centro de gravitación en el público, y no dentro de sí propio) o no pasa del balbuceo premioso o de todo punto no acierta con la elocución".

El impulso original de la literatura y, en consecuencia, la relación de escritor a público son no ya diversos sino antagónicos del impulso original de la oratoria y de la relación de orador a público. El escritor cual si no hubiera sino él sobre la tierra,

escribe acerca de aquello que le divierte, le interesa o le preocupa. En el momento de producir, durante el acto de creación, para el escritor no existe el público; ni puede existir. Aunque el escritor ambicione luego para su obra numerosos lectores, esto no significa que el escritor se represente imaginativamente un público, una colectividad, de alma homogénea y con razón unánime. Excepto (claro está) al autor dramático. El escritor no puede figurarse a sí propio, o lo que es lo mismo, a su obra, sino por contraste y en la presencia individual, aislada, de un solo lector. Cada lector constituye íntegramente un público distinto, aunque de la suma de todos ellos se engendre una nueva forma de público, más elevada, más comprensiva y definitiva. De aquí que la máxima aspiración del escritor se cifre en disfrutar apenas de media docena de lectores, los más escogidos y penetrantes, en cada una de las generaciones sucesivas, a lo largo de las edades. Tal es el verdadero público del escritor; público diluido en el tiempo, a diferencia del público ocasional, acumulado en el espacio, que es el propio del orador. Al decir público ocasional se infiere que la oratoria exige una ocasión peculiar, ya sea solemne, ya apremiante, en que la masa colectiva, de suyo inarticulada y dudosa, por carecer en cuanto personalidad incoherente, de órgano expresivo y voluntad determinante, ha menester que el orador asuma uno de estos dos papeles. De donde los dos arquetipos de la oratoria, los lechados del género, son: en la ocasión solemne, la oratoria religiosa; en la ocasión apremiante, la oratoria tribunicia. La del templo y la del ágora. Aquilatando los conceptos, parece que la oratoria sólo es respetable y eficaz cuando excede lo contingente y sirve para elevar el alma del pueblo hacia Dios; como en el caso de la oratoria religiosa.

Uno de los lugares comunes más errados, livianos y sin fundamento es ese del hermoso y certísimo porvenir económico de la profesión literaria para un escritor de habla española, a causa de los tantos y cuantos millones de personas que por toda la redondez terráquea hablan esta misma lengua. Hablan, sí; pero, no leen, no saben leer. Y además sienten menosprecio por el escritor, cuando no hostilidad. El amor, tan extendido, y universal respeto hacia Francia, no tiene otro origen y razón de ser que la sagacidad práctica de los franceses para la jerarquización verdadera, y por lo tanto útil, en último término de los valores nacionales y sociales, los cuales después se imponen, con la misma jerarquía, como valores internacionales.

En Francia, el valor supremo social lo asume la inteligencia. Dentro de una junta copiosa de personas, todas ellas distinguidas y eminentes, en algo, el centro de gravitación, en Francia, coincide siempre con el brillo y reverberación de la inteligencia. En un salón francés, con preferencia a la sangre añejísima, al lustre

de las armas, a las magistraturas públicas, a la acumulación individual del dinero, y aun a la propia belleza femenina, la atención e interés se concentran hacia el talento literario. El escritor, el literato francés, disfruta un modo de ciudadanía privilegiada. El primer artículo de exportación que por propia conveniencia Francia se afana en afirmar y propagar en "l'esprit français", maridaje de palabras deleitosamente vago y sugestivo, que lo mismo abarca el espíritu, la inteligencia, la esencia del alma, que el ingenio, la gracia, el hechizo, las buenas maneras persuasivas. Lo que pudiéramos llamar las tropas de choque y la mercadería de asalto en la conquista francesa de los mercados extranjeros es el libro de literatura. A la zaga, por la brecha que la literatura abre se cueclan las demás mercaderías. Y así, Francia ha conseguido provocar en la atmósfera espiritual en torno a nuestro planeta el espejismo de que la lengua de la cultura es el francés, como antes lo fué el latín y primero el griego; y hay diseminados por todas las naciones del orbe incalculables ingenuos—de uno y otro sexo— a quienes les basta adquirir unos rudimentos de francés para imaginarse tan cultos cuanto cultivados, y de añadidura, como complemento, se consideran en la obligación de adquirir todo libro francés que "vient de paraitre". Privilegiada situación la del escritor francés, no ya como ciudadano de su patria, sino como ciudadano del mundo.

En cambio... En esto, como en tantas otras cosas, unas veces para bien y otras para mal, España es el polo antagónico de Francia. El escritor en España siempre ha sido menospreciado, burlado, zaherido, y, en la mejor de las ocasiones, ignorado, insospechado.

Si en Francia el escritor es como un sátrapa del espíritu patria, en España está conceptuado (desconceptuado) como un paria del alma nacional. Este concepto se refleja luego, como no puede menos, en las normas, usos y hábitos de la vida económica. Económicamente, el escritor español es también un paria. Esta adversidad del escritor hispano viene ya de tradición centenaria. Existe la leyenda representativa, simbólica, de que Cervantes la noche que concluyó el "Quijote" no tenía un mendrugo que llevarse a la boca, ni un tizón con que entibiar la mano aterida. Y en tantas ocasiones antes... Y en tantas después... Seguiremos como entonces. Que no haya más Cervantes no modifica la naturaleza del hecho. ¿Cómo hay, a pesar de todo, escritores e intelectuales en España? Sólo se explica por razón de una vocación heroica y ascética o de un vicio despótico e incurable.

Madrid, 1927.

RAMON PEREZ DE AYALA

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA